

# NACIMIENTO DE MUCHAS POSIBILIDADES Y ESPERANZAS, PERO, ¿A CARGO DE QUIEN VA A CORRER LA REPARACION DE LOS DESASTRES DE LA GUERRA? UNA NACION

**E**l 15 de diciembre de 1971, el Gobierno del Pakistán Oriental presentaba oficialmente su dimisión. Al día siguiente, la guarnición de Dacca, último reducto del ejército pakistání en la Bengala Oriental, se rendía al ejército indio. Después de nueve meses de sangrienta guerra civil, nacía un nuevo país: el Bangla Desh. Aunque aún no ha sido reconocido por casi ninguna nación, el Bangla Desh está bien apadrinado por la India y la Unión Soviética. Tal vez demasiado bien...

La pregunta que se plantea ahora es la de si este nuevo padrinazgo, unido a los recursos naturales propios del nuevo país, permitirá al Bangla Desh desarrollarse económica y políticamente en cuanto Estado independiente. «Dentro de cinco años seremos mucho más independientes respecto a la ayuda exterior», nos contesta un economista bengalí. «El Bangla Desh posee, en un área relativamente pequeña, importantes recursos naturales. Bien explotados, estos recursos deben permitirnos una autonomía financiera». El yute es la producción principal del país: su exportación proporcionó, en 1967, el 70 por 100 de las divisas. Por el contrario, la producción de arroz no ha sido suficiente para satisfacer las necesidades de una población de 75 millones de habitantes, que aumenta a un ritmo de más de un millón por año: Bengala debía importar todos los años novecientas mil toneladas de arroz.

## Peces sobre el césped

«Esa situación se debe únicamente a un sistema de regadío defec-



El jeque Mujibur Rahman, que hace algún tiempo se proclamaba «el único hombre capaz de salvar al país del comunismo».

tuoso. El Gobierno de Islamabad no nos concedía los créditos que nos hubiesen permitido llevar a cabo los trabajos necesarios: presas, canales, o comprar las bombas de riego imprescindibles. Para colmo, todos los años las cosechas sufrían las desastrosas consecuencias de las inundaciones del Ganges». ¿Cataclismo natural? ¡No! Desde la partición de 1947, el cauce del Ganges no ha sido drenado, de modo que su nivel aumenta continuamente, y en la estación de las lluvias se producen indefectiblemente las inundaciones que todos conocemos. «Es un problema que podría solucionarse en cuatro años, según reconocía el propio Presidente Yahya Khan. Si realizamos las obras necesarias, proporcionamos a nuestro suelo los abonos que necesita y que antes no podíamos conseguir, verá usted cómo pronto exportamos productos alimenticios y hasta pescado. Somos un país muy rico en peces —de mar y de río—. Cuando soplan los monzones, nos encontramos peces hasta en el césped. Como no disponíamos de una industria piscícola, ni de vagones frigoríficos que hubiesen podido transportar todo este pescado hasta los grandes centros del Bengala indio, los peces, sencillamente se pudrían».

«Antes de la guerra de 1965 con la India, vendíamos a nuestra vecina una parte de nuestra producción. Luego se cerraron las fronteras. Ahora, sin embargo, se nos han abierto de par en par las puertas del mercado indio —y no sólo para la venta de nuestros productos—. En lugar de comprarles carbón a los chinos o a los polacos, se lo compraremos a la India, y así nos



Las esperanzas del nuevo Estado encuentran la barrera del subdesarrollo, incrementado por la destrucción de las plantaciones de yute.

resultará unas cinco veces más barato, ya que nos ahorraremos una buena parte de los gastos de transporte. Claro que, con el tiempo, tendremos nuestra propia producción de energía hidroeléctrica».

Muchas posibilidades y muchas esperanzas pues. Pero, ¿y la realidad?, ¿a cargo de quién correrán los gastos que supondrá el restablecimiento de un país subdesarrollado hasta marzo de 1971 y, para colmo, totalmente asolado por la guerra de estos nueve últimos meses? Las pocas fábricas de yute que funcionaban en el país han sido totalmente destruidas. Las cosechas se han perdido. Las vías de comunicación no pueden ya utilizarse.

La India ha ofrecido ya sus servicios. Un primer equipo, compuesto por administradores, ingenieros, médicos —y policías— del Bengala Occidental indio va a llegar al Bengala Deseh a fin de ayudar al nuevo Gobierno a reorganizar el país. Nueva Delhi suministrará igualmente productos de primera necesidad (medicamentos, arroz, textiles, carbón).

Claro que no se trata de una ayuda totalmente desinteresada, porque la India espera a cambio poder reactivar la economía de su Bengala Occidental a base del yute que el Bengala Deseh suministre a las fábricas de Calcuta. Los terribles problemas económicos y sociales de la

Bengala india podrán solucionarse mediante una economía complementaria con el Bengala Deseh.

La India ha decidido conceder al nuevo Estado un importante préstamo. Esta ayuda económica de un país muy pobre a otro aún más miserable da que pensar. Es casi seguro que la India actúa en realidad como intermediario de la Unión Soviética, país que ha hecho todo lo posible por atraer hacia sí al Bengala Deseh y convertirlo en su principal cabeza de puente en el Sudeste asiático. Moscú ha impuesto ya la presencia de comunistas ortodoxos en el comité consultivo de la Liga Awami; en las elecciones de enero pasado no se había elegido, por el contrario, a ningún comunista.

### «El tiempo que sea preciso»

El principal objetivo de la India y la Unión Soviética parece ser el de frenar a las fuerzas prochinas en el subcontinente. En la Bengala india, muchos maoístas han sido prácticamente exterminados en estos últimos meses. La señora Gandhi utilizó, en efecto, el pretexto del desorden derivado de la entrada masiva de refugiados para dar luz verde al ejército y a la policía. El Gobierno de Nueva Delhi resucitó una vieja ley, según la cual

todo sospechoso podía ser detenido indefinidamente sin juicio previo. La policía tiene igualmente derecho a disparar sin previo aviso: no tienen cuentas que rendir a nadie.

En el Bengala Deseh, por el contrario, las fuerzas de la extrema izquierda, ya muy importantes antes de que comenzara la represión pakistaní, han prosperado notablemente a la sombra de las guerrillas. Ahora bien, el Gobierno que va a instalarse en Dacca no tiene nada de revolucionario. Su líder reconocido, el jeque Mujibur Rahman, se proclamaba hace algún tiempo como «el único hombre capaz de salvar al país del comunismo». El Gobierno provisional se presenta, sin embargo, como «liberal», y ha prometido hacer del Bengala Deseh una democracia progresista. Se ha propuesto nacionalizar las pocas industrias existentes y ha elaborado todo un programa de medidas sociales a favor del pueblo. Todas las tendencias políticas están representadas en ese Gobierno provisional —desde la del actual Presidente, Nurul Islam, decididamente derechista, hasta la del primer ministro, Tajuddin Ahmed, que está mucho más a la izquierda—, todas las tendencias, excepto la extrema izquierda. Pues para el actual Gobierno del Bengala Deseh, así como para sus aliados indio y soviético, la extre-

ma izquierda representa un peligro que hay que controlar rápidamente.

Si el ejército indio ha decidido permanecer en el Bengala Deseh «el tiempo que sea preciso», es, claro está, para ayudar a restablecer el orden. Hay que impedir los ajustes de cuentas entre bengalíes y biharíes (minoría «colaboracionista», fiel al ejército pakistaní), evitar la manzanza de los pakistantes occidentales que siguen en el Bengala Deseh y permitirles trasladarse, sanos y salvos, al Oeste. Hay que facilitar el regreso de los refugiados, hindúes en su mayoría, cuyos bienes y tierras han sido ocupados por los que se quedaron, lo cual preannuncia graves desórdenes en las aldeas.

Pero el ejército indio debe, sobre todo, desarmar a los Mukti Bahini, esos guerrilleros que llevan ya nueve meses luchando en la clandestinidad: estudiantes y cuadros maoístas, campesinos y jóvenes, oficiales del antiguo regimiento East Pakistani Rifle, todos ellos han combatido codo con codo. Nueve meses de vida en común han servido para atar muchos lazos y abrir los espíritus. La experiencia china está próxima en el tiempo y en el espacio. Durante la guerra contra las fuerzas nacionalistas de Chiang Kai-shek, Mao y su ejército se ganaron el apoyo de los campesinos chinos: a pesar de la postura china en el conflicto, la extrema izquierda ben-

# NACIMIENTO DE UNA NACIÓN

gali no ha olvidado esa enseñanza. Sin duda, habrá solicitado explicaciones, y tal vez haya recibido incluso seguridades, como, por ejemplo, envíos de armas de fabricación china a través de la frontera birmana.

## Un proverbio indio

¿Qué fuerza tiene esta extrema izquierda? Sin llegar a constituir

la mayoría de los Mukti Bahini, es lo suficientemente importante como para inquietar a los tres aliados —Bangla Desh, India y Unión Soviética—. Hay quienes aseguran que ya ha comenzado en las guerrillas la pugna de fuerzas entre la extrema izquierda y los partidarios de la Liga Awami; que el viejo jefe maoísta Maulana Bashani, misteriosamente desaparecido desde mayo, se encuentra prisionero en

una cárcel india; que los progresos de la extrema izquierda, tras el reagrupamiento de sus diversas tendencias, fue una de las razones de la intervención soviético-india. De ser exacto todo esto, cabe esperar que el ejército indio, habiendo ya eliminado a la extrema izquierda en la Bengala Occidental, trate de hacer lo mismo en el Bangla Desh.

Tras haber hecho la guerra al co-

lono británico primero y al «pakistani» después, ¿va a encontrarse el pueblo del Bangla Desh frente a su propia burguesía? En tal caso, podría aumentar el descontento general, circunstancia que sería, sin duda, aprovechado por el vecino chino. Y la Bengala india no se salvaría, pues como dice un proverbio indio: «Lo que hoy desea Bengala, mañana lo querrá toda la India». ■ KENIZE MOURAD.



## LOS JURAMENTOS DE ALI BHUTTO

«SIEMPRE SOÑO CON EL PODER, PERO, ¿QUE HARÁ AHORA QUE POR FIN LO HA CONQUISTADO?»

Se habla mucho en Karachi de los dos salones de Zulfikar Ali Bhutto. En uno de ellos, lujosamente amueblado, Bhutto recibe a sus pares; en el otro, provisto de banquetas de madera, sin cojines ni alfombras, recibe a sus electores (campesinos, obreros, estudiantes).

Esta anécdota, tal vez falsa, es en todo caso significativa de la ambigua posición del nuevo Presidente del Pakistán. Nacido en el seno de una gran familia feudal del Sind (provincia del Pakistán del Sur), donde posee decenas de millares de hectáreas, Ali Bhutto predica un «socialismo islámico» y se proclama prochino.

Prochino (y no maoísta) lo es desde hace ya largo tiempo por razones de política exterior: el enemigo número uno del Pakistán y de la China es la India, con la que ambos países tienen problemas fronterizos. Su vinculación al socialismo es, sin embargo, reciente. Este aristócrata, diplomado por la Universidad de Oxford, como la mayoría de los políticos del subcontinente, colaboró entre 1958 y 1966 en el Gobierno del Presidente Ayub Khan, ocupando sucesivamente las carteras de Comercio y de Asuntos Exteriores. En julio de 1966, Bhutto presenta su dimisión para demostrar su desacuerdo con la «vergonzosa paz de Tachkent», que puso fin al conflicto indo-pakistani de 1965, en Cachemira, sin, empero, solucionarlo. A partir de ese momento, Bhutto se convierte en el más violento detractor del régimen al que había servido durante ocho años.

El primero de diciembre de 1967, Ali Bhutto entra oficialmente en la oposición, fundando el Partido del Pueblo pakistaní. Este partido, de tendencia socialista, promete nacionalizaciones, un riguroso control de la alta burguesía, de los negocios, redistribución entre los campesinos de las tierras propiedad del Estado. Goza de un fuerte apoyo por parte del pueblo y los estudiantes: «Es la primera vez que un partido se ocupa de nuestros problemas y solicita nuestra opinión». Curiosamente, este programa socializante apenas inquieta a la alta burguesía, grupo social en el que Bhutto cuenta con numerosos amigos. Tampoco inquieta a los militares, que saben que el fogoso defensor de Cachemira y encarnizado adversario de la India necesita un ejército fuerte.

En noviembre de 1968, Bhutto es detenido bajo la acusación de fo-

mentar disturbios contra «el régimen corrompido de Ayub Khan». Tres meses después, con la llegada al poder de Yahya Khan, Ali Bhutto es puesto en libertad. Por insistente iniciativa suya, el Pakistán celebra en diciembre de 1970 las primeras elecciones libres de su historia. El Partido del Pueblo sale vencedor en el Pakistán Occidental, pero apenas consigue ningún voto en el Oriental, donde triunfa, por el contrario, la Liga Awami. Este último partido llega a conquistar la mayoría en la Asamblea Nacional. A los ojos de Bhutto, la autonomía exigida por los bengalíes es inaceptable, pues pone en peligro la unidad del país. Tras infructuosas negociaciones entre el Presidente Yahya Khan y los dos partidos se desencadena la represión del 25 de marzo. ¿Qué parte tuvo Bhutto en aquella decisión?

Este gran burgués populista ha sido siempre muy criticado dentro de los medios dirigentes del Pakistán Occidental. La calificación de oportunista referida a su persona se ha convertido ya en un cliché. «Siempre ha soñado con el poder —decía recientemente un diplomático pakistaní—, pero, ¿qué hará ahora que por fin lo ha conquistado?».

En primer lugar tendrá que elevar la moral de una nación tanto más traumatizada por cuanto no había sido debidamente informada de los recientes acontecimientos. En primer lugar, Ali Bhutto le ha jurado solemnemente restituir la integridad del territorio pakistaní. Como primera medida, ha liberado al jeque Mujibur Rahman, jefe de la Liga Awami, a fin de negociar con él en torno a la unidad del Pakistán. Sin embargo, esta decisión llega con un retraso de nueve meses. ¿Cómo puede esperar Bhutto que el «tigre de Bengala», ese hombre que ha pasado diez años de su vida en la cárcel por la causa de su país, vaya a renunciar a un ápice de esa independencia que tanto sudor y sangre ha costado? En el mejor de los casos, el jeque podrá servir como rehén de los sesenta mil militares pakistaníes prisioneros en la India.

Aunque no tenga muchas esperanzas de llegar a recuperar la Bengala Oriental, Zulfikar Ali Bhutto ha jurado, en todo caso, reconquistar los territorios pakistaníes que los indios ocupan en el Oeste (1.900 kilómetros cuadrados en el Punjab y numerosas bases estratégicas en Cachemira). ¿Confía tal vez, como su predecesor Yahya Khan, en la ayuda china y norteamericana? En todo caso, ha declarado que no negociaría con la India antes de visitar Pekín.

El nuevo Presidente necesita algunas victorias para restablecer el orden en un país muy afectado moral y económicamente por los últimos desastres. La ley marcial no podrá mantenerse aún mucho tiempo, ya que si Ali Bhutto ha conquistado el poder, ha sido gracias a su programa de democracia liberal, opuesta a la dictadura militar. Los auténticos problemas no tardarán en plantearse. ¿Cómo reactivar la economía de un país que, con su derrota en la Bengala Oriental, ha perdido un 40 por 100 de su producto nacional bruto, un 40 por 100 de sus fuentes de divisas, un 33 por 100 de sus ahorros y, sobre todo, un enorme mercado que representaba unos ingresos anuales del orden de los 120 millones de libras esterlinas?

¿Cómo poner remedio a un paro obrero que ha aumentado en un 100 por 100 desde el inicio de la guerra y que ahora afecta al 40 por 100 de la población activa? El sector industrial se ha resentido fuertemente de la interrupción de las exportaciones de materias primas del Pakistán Oriental al Occidental. En Karachi, primer centro económico del país, han sido despedidos de sus puestos de trabajo 150.000 obreros de un total de 400.000. Paralelamente se registra un alza vertiginosa de los precios sin un aumento correspondiente de los salarios.

El Presidente no va a solucionar nada con sus bellos gestos, como el que representa el abandono de su lista civil. ¿Padrá Zulfikar Ali Bhutto llevar a cabo desde ahora mismo las reformas prometidas? ¿Conseguirá nacionalizar las industrias básicas, los transportes, así como aumentar sustancialmente los impuestos sin por ello paralizar las inversiones y favorecer la fuga de capitales? ¿No va a encontrarse con los mismos problemas que su enemiga, la primer ministro india?

Atrapado entre la clase poseedora, cuya ayuda necesita con vistas a reactivar la economía del país, y el pueblo, que le ha llevado al poder, ¿logrará el nuevo Presidente mantener el equilibrio? El plazo de que dispone es ciertamente breve. Un político maoísta lo fija en seis meses. Un banquero de Karachi le predice tres años. ¿Qué plazo le concederá el ejército? ■ K. M.